

CAPITULO IV

Lord Nelvil partió, apénas llegó á tierra, para la hacienda de lady Edgermond en el Northumberland, porque necesitaba renovar su conocimiento con su familia, cuyas costumbres habia olvidado en una ausencia de cuatro años. Presentóle Lucila su hija, de mas de tres años, con tanta timidez como una mujer delincuente: pareciase la niña á Corina, y no era extraño, pues la imaginacion de Lucila estuvo siempre ocupada, miéntras se halló en cinta, con la memoria de su hermana, y Julieta, este era su nombre, tenia los mismos ojos y el propio cabello de Corina. Lo reparó lord Nelvil y se turbó, tomóla en brazos, y la apretó cariñosamente contra su corazon; mas Lucila no vió en aquel movimiento mas que un recuerdo de Corina, y desde aquel instante no disfrutó con sosiego del afecto que lord Nelvil mostraba á Julieta.

Todavía se habia hecho mas hermosa Lucila; llegaba casi á los veinte años, y su belleza tomaba un carácter majestuoso, inspirando un sentimiento de respeto á Lord Nelvil. Ya no podia lady Edgermond salir de su lecho, y su situacion la desazonaba y la afligia; mas no obstante vió con gusto á lord Nelvil, porque temia mucho morir en

su ausencia, y dejar á su hija sola en el mundo. De tal manera se habia lord Nelvil acostumbrado á una vida activa, que le costaba sumo trabajo estar casi todo el dia en el aposento de lady Edgermond, donde ya no entraban mas que su yerno y su hija. Lucila amaba, como siempre, con extremo á lord Nelvil; pero tenia el pesar de no creerse correspondida, y le ocultaba por altivez lo que sabia de su pasion á Corina, y los celos que le causaba, aumentando su habitual reserva con este disimulo, y haciéndose mas fria y mas callada que lo fuera naturalmente. Cuando su esposo intentaba darle algunos consejos acerca del atractivo que tendria su conversacion, si tomase en ella mas interes, creia hallar en sus razones una memoria de Corina, y se ofendia en lugar de enmendarse. Lucila tenia un carácter sumamente suave; pero su madre le habia dado ideas positivas sobre todas las cosas; y cuando lord Nelvil ponderaba los placeres de la imaginacion, y el atractivo de las bellas artes, veia siempre en cuanto decia las memorias de Italia, y abatia con bastante sequedad el entusiasmo de lord Nelvil, pensando que su única causa era Corina: en otra situacion habria recogido con cuidado las palabras de su esposo para estudiar todos los medios de agradarle.

Lady Edgermond, cuyos defectos se aumentaban con la enfermedad, mostraba cada vez mayor antipatía á cuanto se apartaba de la uniformidad y de la regla habitual de la vida. En todo hallaba mal, y

su imaginacion, irritada por los dolores, se ofendia de todo ruido en lo físico y en lo moral : habria querido reducir la existencia al menor coste posible, quizá por no sentir tanto lo que se veia próxima á dejar ; pero como nadie confiesa el motivo personal de sus opiniones, las apoyaba en los principios generales de una moral exagerada. No cesaba de quitar su encanto á la vida, haciendo delito los menores placeres, y oponiendo una obligacion á cada empleo de las horas que pudiese diferir en algo de lo que habian hecho la víspera. Lucila que si bien obediente á su madre, tenia no obstante mas flexibilidad de carácter, se habria reunido con su esposo para combatir suavemente la austeridad y el predominio cada dia mayor de lady Edgermond, si esta no la persuadiera que obraba así solo por oponerse á la inclinacion de lord Nelvil á vivir en Italia. — Es preciso luchar sin descanso, decia, por el poder de la obligacion contra una inclinacion funesta que podria renacer. — Lord Nelvil respetaba tambien mucho, por cierto, la obligacion ; pero la miraba bajo diferente aspecto : gustábale subir á su origen, y la creia en todo de acuerdo con nuestras verdaderas inclinaciones, sin exigir de nosotros combates y sacrificios continuos. Parecíale, por fin, que la virtud, léjos de atormentar la vida, contribuia de tal suerte á la felicidad duradera, que podia considerarse como una especie de prescencia concedida al hombre en la tierra.

A veces Osvaldo, desenvolviendo sus ideas, se entregaba al deleite de usar las expresiones de Corina, y se escuchaba con gusto á sí mismo cuando se valia de su lenguaje. Lady Edgermond manifestaba enojo apenas advertia aquel modo de pensar y de hablar : las ideas nuevas desagradan á las personas de edad ; gustan de persuadirse que el mundo va siempre perdiendo, en lugar de adquirir, desde que pasaron los dias de su juventud. Lucila, por el instinto del corazon, distinguia en el interes con que hablaba lord Nelvil el resonar de su cariño á Corina, bajaba los ojos por no manifestar á su esposo lo que pasaba dentro de su alma, y él sin recelo de que supiese sus relaciones con Corina, atribuia aquel inmóvil silencio, miéntras hablaba con calor, á la frialdad de su mujer. No sabiendo, pues, á quién dirigirse para encontrar un entendimiento que respondiese al suyo, se renovaban en su alma con mas viveza los sentimientos de lo pasado, y se entregaba á la mas profunda melancolía. Escribió al principe de Castel-Forte pidiéndole nuevas de Corina ; mas la guerra impidió llegara su carta. Padecia mucho su salud con el clima de Inglaterra, y no cesaban los médicos de repetirle se le dañaria de nuevo el pecho, si no pasaba el invierno en Italia ; pero no habia medio de pensar en ello, no cesando la guerra entre Inglaterra y Francia. En una ocasion habló delante de su suegra y de su mujer de los consejos de los médicos, y del obstáculo que encontraba

para seguirlos. — Aun cuando se haga la paz, dijo lady Edgermond, no pienso, milord, que vos mismo consintais ver á Italia otra vez. — Si la salud de milord lo exigiese, interrumpió Lucila, haria muy bien en ir. — Esta voz pareció á lord Nelvil bastante suave, y se apresuró á demostrar á Lucila su gratitud; pero esta misma gratitud la ofendió, porque pensó tenia intencion de prepararla para el viaje.

Hizose la paz en la primavera, y se facilitó el viaje á Italia. Cada vez que lord Nelvil soltaba alguna reflexion sobre el quebranto de su salud, se sentia Lucila combatida entre el cuidado que le daba, y el recelo de que lord Nelvil quisiese manifestar la precision de pasar el invierno en Italia; y miéntras su cariño la inclinaba á ponderar la enfermedad de su esposo, los celos, nacidos tambien de aquel propio cariño, la hacian buscar razones para no dar fe á cuanto los mismos médicos decian acerca del riesgo que le traeria permanecer en Inglaterra. Lord Nelvil atribuia la conducta de Lucila á indiferencia y á egoísmo, y ambos se ofendian mutuamente por no confesarse con franqueza lo que sentia su corazon.

En fin, lady Edgermond se puso en un estado tan peligroso, que Lucila y lord Nelvil no hablaban sino de su enfermedad; perdió la pobre el habla un mes ántes de su muerte; y ya solo por lágrimas, ó por su modo de apretar la mano, se adivinaban sus

ideas. Lucila estaba desconsolada; Osvaldo sinceramente enternecido, velaba á par de ella todas las noches; y como era en el mes de noviembre, le hicieron sumo daño los cuidados que le prodigó. Lady Edgermond se mostró contenta de las demostraciones del cariño de su yerno; los defectos de su carácter desaparecian conforme los iba haciendo mas disculpables su terrible estado; tanto sosiega la proximidad de la muerte todas las agitaciones del alma, y la mayor parte de los defectos dimanaban de esta agitacion.

La noche de su muerte cogió la mano de Lucila y la de lord Nelvil, y poniéndolas una dentro de otra, las apretó contra su corazon, y alzando los ojos al cielo, no dió indicio de sentir verse privada del habla; nada mas hubiera dicho que aquella mirada y aquel movimiento. Pocos minutos despues espiró.

Lord Nelvil que se habia violentado para poder asistir á lady Edgermond, cayó peligrosamente enfermo: y la desgraciada Lucila hubo de sufrir la mas horrorosa zozobra, al mismo tiempo que el mas cruel dolor. Parece que en medio de su frenesí, pronunció lord Nelvil repetidas veces el nombre de Corina y el de Italia; pedia con frecuencia en su delirio, *sol, mediodía, un aire mas cálido*; y cuando le entraba el temblor de la calentura, decia: *hace tanto frio en este norte, que no será posible calentarse jamas*. Al volver en sí se admiró de saber que

Lucila lo tenia dispuesto todo para el viaje á Italia; mostró su extrañeza, y ella le dió por motivo el consejo de los médicos. — Si lo permitís, añadió, os acompañaremos mi hija y yo, no es bien que una niña se aparte de su padre ni de su madre. — Sí en verdad, respondió lord Nelvil, debemos estar siempre juntos; pero ¿os incomoda este viaje? decidlo, no iré. — No, repuso Lucila, no es eso lo que me incomoda.... — Miróla lord Nelvil, y la cogió de la mano: iba ella á explicarse mas; pero la memoria de su madre, que le habia encargado no mostrase jamas sus celos, la contuvo de improviso, y prosiguió diciendo: — Lo mas interesante para mí, debeis creerlo, milord, es el restablecimiento de vuestra salud. — Teneis una hermana en Italia, continuó lord Nelvil. — Lo sé, respondió Lucila: habeis recibido noticias suyas? — No, dijo lord Nelvil; desde mi partida para América ignoro absolutamente cuál es su situacion. — Pues bien, milord, lo sabremos en Italia. — ¿La amais todavía? — Sí, milord, respondió Lucila, no he olvidado el cariño que me mostró en mi niñez. — ¡Oh, nada debe olvidarse! dijo lord Nelvil suspirando; — y el silencio de ambos dió fin á la conversacion.

No iba Osvaldo á Italia intentando renovar sus primeros vínculos con Corina; tenia demasiada delicadeza para que se le ocurriese tal pensamiento; mas si no coseguia restablecerse de la enfermedad de pecho que le amenazaba, le parecia, al ménos, dulce morir

en Italia, y obtener en el postrer adios el perdon de Corina. No presumia que Lucila pudiese saber su pasion á su hermana, y aun ménos recelaba haber descubierto en el delirio los sentimientos que todavia agitaban su corazon; pero no hacia justicia al talento de su mujer, porque aquel talento era estéril y le aprovechaba mas para adivinar los pensamientos ajenos, que para interesar con los suyos propios. Habíase, pues, acostumbrado Osvaldo á mirarla como una criatura hermosa y helada, que cumplia sus obligaciones, y le amaba cuanto podia amar, pero ignoraba la ternura de Lucila, y ella la encubria con el mayor cuidado. La altivez, en esta ocasion, la hacia disimular lo que la afligia; mas aun en otra situacion feliz no habria creído lícito manifestar cariño demasiado vivo, ni á su esposo, creyendo la expresion contraria de la honestidad cualquier sentimiento apasionado; y como, sin embargo, era capaz de aquel cariño, su educacion, imponiéndole este deber de violentarse, la hizo triste y silenciosa: habíanla persuadido que no debia relevar sentimientos de su corazon; pero no encontraba placer en decir ninguna otra cosa.

CAPITULO V

Lord Nelvil temia las memorias que le excitaba la Francia, y así la cruzó con rapidez, porque no manifestando Lucila con este viaje deseo ni voluntad de nada, él solo decidia de todo. Llegaron á la falda de los montes que dividen el Delfinado de la Saboya, y subieron á pié lo que llaman *el paso de las Escalas*; es un camino abierto en la peña, cuya entrada parece la de una honda cueva; está oscuro en toda su extension, aun durante los días mas hermosos del verano. Era entónces el principio del mes de diciembre, y todavía no habia caido nieve; pero el otoño, estacion de decadencia, iba á concluir, y el invierno le sucedia: cubrian todo el camino las hojas muertas traídas por el viento, porque aquel peñascoso terreno estaba sin árboles; y no se veían á par de las reliquias de la naturaleza marchitar los ramos, esperanza del año siguiente. Agradaba á lord Nelvil la vista de los montes: en los países llanos parece que la tierra no tiene otro destino sino sustentar y dar alimento al hombre; pero en las regiones pintorescas, como que se advierte la estampa del genio del Criador y de su omnipotencia. Si embargo, el hombre se ha familiarizado en todas partes con la naturaleza, y los caminos abiertos por su

mano trepan á los montes y descenden á los abismos; ya nada hay inaccesible para, él, sino el gran misterio de su propio ser.

En la Moriena se hizo el invierno á cada paso mas rigoroso; parecia que se iba hácia el norte, acercándose al Moncenís, y Lucila, no hecha á viajar, se asustaba de aquellos hielos que hacen los caballos tan poco tan seguros. Disimulaba sus temores por no incomodar á Osvaldo; pero se arrepentia con frecuencia de haber llevado consigo á su niña, preguntándose á sí misma si habia dictado aquella accion la mas perfecta moralidad, y si su cariño extremado á aquella criatura, y la idea de que Osvaldo la amaba mas presentándose á él siempre con Julieta, no la distrajeron de los peligros de tan dilatado viaje. Lucila era sumamente timorata, y solia fatigar su alma á fuerza de escrúpulos y de preguntas secretas relativas á sus acciones, porque la delicadeza va siempre creciendo, conforme crece la virtud, y con ella se aumentan tambien las zozobras de la conciencia: así Lucila no encontraba refugio contra esta disposicion mas que en la piedad, y la sosegaban largas é interiores plegarias.

A medida que se adelantaban hácia el Moncenís, se revestia toda la naturaleza de mas terrible carácter; caía la nieve copiosamente sobre la tierra cubierta ya de nieve; parecia la entrada del infierno de hielo tan bien pintado por el Dante: todas las producciones del suelo presentaban un aspecto uniforme

desde lo mas hondo de los precipicios hasta la cumbre de los montes; el mismo color donde quiera desvanecia todas las variedades de la vegetacion; corrian los rios todavia á la falda de los montes; pero los abetos, todos blancos, se retrataban en las aguas como espectros de árboles. Osvaldo y Lucila miraban callando aquel espectáculo : el habla parece ajena de la naturaleza helada, y con ella se calla; cuando de improviso divisaron, en un vasto llano de nieve, una dilatada hilera de hombres vestidos de negro, que llevaban un féretro hácia una iglesia. Aquellos sacerdotes, únicos seres vivos en medio de aquel campo frio y despoblado, caminaban con paso lento, que el rigor de la estacion apresurara, si el pensamiento de la muerte no hubiese comunicado su gravedad á su planta. El luto de la naturaleza y del hombre, de la vegetacion y de la vida; aquellos dos colores, aquel blanco, y aquel negro, que herian únicamente la vista y sobresalian mas uno con otro, llenaban el alma de espanto. Lucila exclamó con voz baja : — ¡Qué triste presagio! — Lucila, interrumpió Osvaldo, creedme, no es para vos. — ¡Ay! pensó dentro de sí, no hice con semejantes auspicios el viaje de Italia en compañía de Corina; ¿qué ha sido ahora de ella? ¿todos estos objetos lúgubres me anuncian acaso lo que voy á padecer?

Lucila se hallaba muy incomodada de los sustos del viaje : Osvaldo no se acordaba de aquella especie de terror ajena de un hombre, y en especial

de un carácter tan intrépido como el suyo; pero Lucila creia indiferencia lo que dimanaba únicamente de no ocurrírsele á él en aquella ocasion la idea de ningun peligro. En tanto, todo se reunia para aumentar las ansias de Lucila : los hombres del vulgo encuentran cierta satisfaccion en abultar el riesgo; esta es su especie de imaginacion; y se complacen en ver el efecto que causan en personas de otra clase, cuya atencion llaman espantándolas. Cuando se quiere atravesar el Moncenis en invierno, dan á cada instante los viajeros á los dueños de las posadas noticias del paso del *Monte*; así lo llaman, y parece que hablan de un monstruo inmóvil, guardian de los valles que llevan á la tierra de promision. Observan el tiempo para saber si hay motivo de recelar y cuando es de temer el viento llamado *la tormenta*, aconsejan con empeño á los extranjeros que no se arriesguen á encontrarse en el monte. Anuncia este viento una nube blanca que se extiende en el aire como un lienzo, y oscurece pocas horas despues todo el horizonte.

Lucila habia tomado secretamente, y sin decirlo á lord Nelvil, todas las noticias que pudo : él no pensaba en tales temores, y se entregaba enteramente á las reflexiones que le sugería su vuelta á Italia; mas Lucila, á quien conmovia el objeto del viaje aun mas que el viaje mismo, juzgaba de todo con una preocupacion contraria, y culpaba tácitamente á lord Nelvil de su completa seguridad por ella y por su

hija. La misma mañana del paso del Moncenís, se juntaron al rededor de Lucila muchos labradores, y le dijeron amenazaba la *tormenta*; empero los que debian llevar á ella y á su hija afirmaron no habia qué temer. Volvió Lucila los ojos á lord Nelvil, y le vió burlarse del miedo que intentaban causarle, y sentida de nuevo de su determinacion, declaró sin tardanza queria partir. No advirtió Osvaldo el sentimiento de donde procedia aquella resolucion, y siguió á caballo la litera en que iban su esposa y su hija. Subieron con bastante felicidad; pero al llegar en medio del llano que separa la subida de la bajada, se levantó un horroroso huracan. Cegaban á los conductores los torbellinos de nieve, y en muchas ocasiones perdía Lucila de vista á Osvaldo, á quien la tempestad tenia como envuelto entre sus nieblas impetuosas. Los venerables religiosos que se dedican, en la cima de los Alpes, á salvar á los caminantes, empezaron á tocar sus campanas de aviso; y aunque aquella señal anunciaba la compasion de los hombres benéficos que la daban, el sonido por sí tenia cierta oscuridad, y los golpes precipitados del bronce expresaban con mas propiedad el espanto que el favor.

Lucila esperaba que Osvaldo propusiese detenerse en el convento, y pasar en él aquella noche; pero como no quiso decirle lo deseaba, creyó mejor apresurarse á llegar: los conductores de Lucila preguntaron con inquietud si debian empezar la bajada. —

Sí, respondió ella, una vez que milord no se opone. — Hacia mal Lucila en no manifestar sus temores, porque tenia consigo á su hija; pero quien ama, y no se juzga amado, se ofende de todo, y cada instante de la vida para él es un dolor y casi una humillacion. Osvaldo permanecia á caballo, aunque de este modo era mas peligroso bajar; pero le parecia que de otra manera perderia tal vez de vista á su mujer y á su hija.

En el momento en que Lucila vió desde la cima del monte el camino que baja de él, aquel camino tan rápido que pasaria por un precipicio si los abismos que están á su lado no mostrasen la diferencia, apretó á su hija contra su pecho con vivísima alteracion; y advirtiéndolo Osvaldo, y apeándose de su caballo, fué á juntarse con los conductores para sostener su litera. Tenia Osvaldo tanta gracia en cuanto hacia, que Lucila, viéndole cuidar de ella y de Julieta con mucho afan y cariño, se sintió los ojos bañados de lágrimas; mas al instante se levantó una ráfaga tan terrible, que los mismos conductores se arrodillaron, exclamando: *¡Dios mio, socorrednos!* Entónces Lucila recobró todo su valor, y levantándose sobre la litera alargó á Julia á lord Nelvil, y le dijo: — Amigo mio, tomad vuestra hija. — Cogióla Osvaldo, y respondió á Lucila: — Venid vos tambien, á los dos os podré llevar. — No, repuso Lucila, salvad solo á vuestra hija. — ¿Cómo salvar? repitió lord Nelvil, ¿acaso hay peligro? Y volvién-

dose á los conductores, exclamó : ¡ Infelices ! ¿ por qué no decíais... — Me han avisado, interrumpió Lucila... — ¿ Y me lo ocultásteis ? dijo lord Nelvil, ¿ qué he hecho para merecer ese cruel silencio ? — Diciendo estas palabras, envolvió á su hija con su capa, y bajó los ojos hácia el suelo en un ansia mortal; pero el cielo, protector de Lucila, hizo asomar un rayo que rompió las nubes, sosegó la borrasca, y ostentó á la vista hasta las fértiles llánuras del Pia monte. Dentro de una hora llegó toda la caravana sin contratiempo á la Novalesa, primera ciudad de Italia pasado el Monceíns.

Luego que llegaron á la posada, tomó Lucila en brazos á su hija, subió á un aposento, se arrodilló y dió gracias al Señor con ardiente devocion. — Osvaldo, miéntras ella oraba, permanecia apoyado sobre la chimenea con ademan pensativo, y cuando Lucila se levantó, le alargó la mano, y le dijo : Lucila, ¿ habeis tenido miedo ? — Sí, amigo mio, le respondió. — ¿ Y por qué os pusísteis en camino ? — Parecia que estábais impaciente por partir. — ¿ No sabeis, respondió lord Nelvil, que mi único recelo son vuestras penas ó vuestros riesgos ? — Por Julieta son de temer, dijo Lucila. — Púsola sobre sus rodillas para acercarla al calor del fuego, y rizaba con sus manos os hermosos cabellos negros de aquella niña, que la nieve y la lluvia habian pegado á su frente. En aquel instante eran preciosísimas la madre y la hija; y Osvaldo las miraba á las dos

con cariño; pero el silencio suspendió otra vez una conversacion, que quizá habria conducido á una explicacion venturosa.

Llegaron á Turin : este año era el invierno rigorosísimo : los dilatados aposentos de Italia están destinados á recibir el sol, y parecen yermos en el frio, porque los hombres son muy pequeños para aquellas inmensas bóvedas. Dan gusto en el verano por su frescura ; pero en el rigor del invierno no se siente mas que el vacío de aquellos vastos palacios, cuyos poseedores semejan pigmeos en la morada de los gigantes.

Acababa de saberse la muerte de Alfieri, y era un luto general para todos los Italianos que querian envanecerse con su patria. Lord Nelvil creia ver donde quiera la estampa de la tristeza; ya no conocia la impresion que otro tiempo hacia en él Italia, y la ausencia de la que tanto amó despojaba a sus ojos de todo su encanto á la naturaleza y á las bellas artes. Pidió noticias de Corina en Turin; dijeron que en cinco años no habia publicado nada, y vivia en el mayor retiro; pero le aseguraron estaba en Florencia. Resolvió, pues, ir, no para establecerse allí, ni faltar al cariño debido á Lucila, sino para explicar á lo ménos por sí mismo á Corina como habia ignorado su viaje á Escocia.

Atravesando las llanuras de Lombardia, exclamaba Osvaldo : — ¡ Ah ! ¡ qué hermoso era esto cuando todos los olmos se hallaban cubiertos de hojas, y los

verdes pámpanos los unian entre sí! — Lucila decia en su interior : — Era hermoso cuando iba Corina con él. — Una niebla húmeda, cual suele haberla con frecuencia en aquellos llanos cruzados con tantos rios, oscurecia la vista del campo : oíanse caer por las noches en las posadas las lluvias copiosas del mediodía, que se parecen al diluvio : penetran las casas, y persigue el agua por todas partes con la actividad del fuego. Lucila buscaba en vano el atractivo de Italia ; todo, al parecer, se reunia para cubrirla con un velo opaco á su vista y á la de Osvaldo.

CAPITULO VI

Desde que entró en Italia no habia pronunciado Osvaldo una palabra en italiano ; parecia que aquella lengua le ofendia, y evitaba oirla y hablarla. La noche del dia en que lady Nelvil y él llegaron á la posada de Milan, oyeron llamar á su puerta, y vieron entrar en su aposento á un Romano de semblante muy negro, y muy notable ; pero no obstante sin verdadera fisonomía : tenia facciones propias para expresar, mas faltábales alma ; y en aquel ros-

tro se veia de continuo una sonrisa agraciada, y un mirar que aspiraba á ser poético. Púsose desde la puerta á improvisar versos llenos de alabanzas de la madre, la niña y el esposo ; de aquellas alabanzas que venian bien á todas las madres, á todas las niñas y á todos los esposos del mundo, cuya exageracion prescindia de todos los sujetos, como si las palabras y la verdad no tuviesen ninguna conexion entre sí. No obstante, el Romano usaba de aquellos sonidos armoniosos que hechizan en el italiano ; y declamaba con una fuerza que todavía daba mas realce á la insulsez de cuanto decia. Ninguna cosa podia ser mas incómoda para Osvaldo que oir de aquella suerte la primera vez, despues de largo espacio, una lengua querida ; volver á ver sus sentimientos disfrazados, y sentir una impresion de tristeza renovada por un objeto ridículo. Lucila advirtió la cruel situacion del alma de Osvaldo ; queria hacer callar al improvisador, pero era imposible que oyese : paseábase por el aposento apresuradamente, hacia exclamaciones y gestos continuos, y no se cuidaba del tedio que sentian sus oyentes : era su movimiento como el de una máquina de cuerda, que no se pára hasta cierto tiempo señalado : por fin llegó, y lady Nelvil logró despedirle.

Luego que salió, dijo Osvaldo : — Es tan fácil desfigurar el lenguaje poético en Italia, que debiera prohibirse á todos los que no merecen hablarle. — Sí, en verdad, respondió Lucila, con un tono quizá